

MILITARES Y POLITICOS

EL profesor Morris Janowitz, creador de la sociología militar (a partir de su libro «The professional soldier», 1960), cree que una característica de nuestro momento es una tendencia hacia la «civilización» de la sociedad militar coincidente con una «militarización» de la vida civil. Sucedería que en los Ejércitos —habla de democracias— las nociones de disciplina, sanciones y obediencias van modificándose hacia un modelo más parecido al de las relaciones jerárquicas en la sociedad civil; simultáneamente, la evolución de las democracias occidentales las estaría llevando a la creación de Estados fuertes a «tendencias de «Estado policiaco», a la instauración de un espionaje sistemático, a la reducción de los derechos de los ciudadanos». Janowitz no atribuye esta tendencia a la influencia o las presiones de la autoridad militar, sino a la crisis de la legitimidad de los Gobiernos en lucha con diferentes facciones de los partidos políticos, a las dificultades y las tensiones de los sistemas parlamentarios.

● En realidad, la separación del poder entre civiles y militares es algo tan reciente y tan poco difundido por el mundo, que no es demasiado fácil hablar de las dos sociedades. Durante milenios, la política ha estado realizada por los grandes guerreros y ellos han fundado las dinastías reales. No hace muchos años que las principales naciones del mundo estaban dirigidas por militares, aunque hubieran llegado al poder por vías llamadas civiles —De Gaulle, Eisenhower, Krustchev (que era general, aunque no se suela citar), Franco, Carmona...— y en la actualidad, entre los países representados en las Naciones Unidas hay muchos más gobernados directa y personalmente por militares que por civiles. Lo que sin duda ha sucedido en gran parte en las sociedades modernas es la desaparición del poder militar como ejercicio de una casta o ligado enteramente a la posesión de bienes materiales y una aristocracia. Hasta entrado este siglo era frecuente en España que las «grandes familias» destinasen a sus primogénitos al Ejército (en las más tradicionales, el segundo estaba destinado a la Iglesia; la abogacía, como símbolo también de poder, era una sustitución más reciente), mientras que en la actualidad los Ejércitos se nutren más bien de las clases medias, tras una preparación técnica adecuada: pesan más ciertas capacidades mentales —y determinadas aptitudes, entre las que cuentan el sentido del heroísmo y el sentido del honor— que los apellidos ilustres. Janowitz considera que el cultivo del sentido del honor y del heroísmo se debe a que, a pesar de la importancia mayor de la técnica y de la ciencia en la guerra, los militares siguen estando obligados a enfrentarse con imponderables y con lo imprevisible. «La idea de un campo de batalla enteramente automático es una simplificación grosera y abusiva de la función militar.»

● La pérdida del poder directo por la clase militar que lo tenía claramente en otros tiempos —en los tiempos en que la guerra se consideraba como una parte inevitable de la vida humana y de la vida de

las naciones— se debió, tal vez, al cierre de la casta. Se encerró tanto en los apellidos nobiliarios y en las purezas de sangre que cerró la puerta a numerosísimas personas que buscaban un acceso a las formas de poder; comenzaron a buscarlo por vías paralelas, que los guerreros consideraban impuras para ellos. Como la banca, los negocios, el comercio, el pensamiento puro, la economía. Todo lo que después se ha ido convirtiendo en política. Es indudable que las sociedades se han ido mentalizando en la idea de que una actividad civil es prestigiosa y no secundaria, como lo era en Europa hasta el siglo XVIII y ello se debe no sólo a la expansión de ciertos ideales a partir de la Revolución francesa, sino sobre todo al nuevo prestigio de la paz. Se supone, y no con mucho acierto, que los políticos civiles tratan de dirimir las cuestiones por vía de paz. Para ello habrá que olvidar que algunas de las figuras más bellas de nuestro siglo eran civiles, como Hitler, Mussolini o Stalin, aunque se revisitaran de títulos y uniformes, y de mandos supremos. Algunas de las ideas más justificativas de las guerras proceden de aparentemente pacíficos e inofensivos hombres de ciencia, como el Darwin que dio al mundo la noción de la «lucha por la vida» (struggle for life) y de la supervivencia del más fuerte, sin entrar ya en la relación de los modernos científicos con las armas más aterradoras. Algunas frases en honor a la guerra son debidas a los civiles, Joseph de Maistre decía que «el cristianismo, cuando se le mira de cerca, no es nunca más su-

Eduardo HARO TECLEN

blime ni más digno de Dios, y más hecho para el hombre, que durante la guerra»; Paul Bourget que «el valor educativo de la guerra no ha sido nunca puesto en duda: sí, la guerra es la auténtica regeneradora», y Marinetti, en un famoso manifiesto, decidió que era «única higiene del mundo». La última guerra mundial ha contribuido notablemente al desprestigio de la idea guerra. Es la que ha hecho variar, por lo menos, todo un léxico. Los antiguos Ministerios de la Guerra comenzaron a llamarse «Ministerios de Defensa», y Ejércitos como el de los Estados Unidos han adoptado como lema «Peace es our task», la paz es nuestro oficio.

● Es probablemente toda esta alteración de conceptos, además de la tecnificación militar, la que está produciendo ese sentido de tendencia a lo civil, que Janowitz señala en los Ejércitos de las democracias actuales. La «militarización» de las sociedades civiles no es un movimiento compensatorio: es una pérdida de valor de las democracias en tanto que altares de los derechos humanos. Personalmente, no creo que la palabra «militarización» deba ser aplicada a esa retracción que se está efectivamente observando. Ni tampoco creo que la vida esté más regimentada que en otros tiempos.